LEOPOLDO LUGONES

LAS HORAS DORADAS

DIRECTOR:
SAMUEL GLUSBERG

BUENOS AIRES MCMXXII

LAS HORAS DORADAS

OBRAS DEL AUTOR

VERSO

Las Montañas del Oro (agotado)
Los Crepúsculos del Jardín »
Lunario Sentimental »
Odas Seculares »
El Libro Fiel »
El Libro de los Paisajes »

PROSA

La Reforma Educacional (agotado)
El Imperio Jesuítico (2ª. edición)
La Guerra Gaucha (agotado)
Las Fuerzas Extrañas »
Piedras Liminares »
Prometeo »
Didáctica »
Historia de Sarmiento »
Elogio de Ameghino »
El Ejército de la Iliada »
El Payador (tomo primero) »
Mi Beligerancia »
Las Industrias de Atenas
La Torre de Casandra

LEOPOLDO LUGONES

LAS HORAS DORADAS

BABEL
BUENOS AIRES
MCMXXII

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ES PROPIEDAD

EL DORADOR

Lector, si bien amaste, y con tu poco
De poeta y de loco, descubriste
La razón que hay para volverse loco
De amor, y la nobleza de lo triste;

Si has aprendido, así, a leer la estrella
En los ojos leales de la Esposa,
Y alcanzaste a saber por qué es más bella
La soledad de la tardía rosa;

Si una mañana el cielo a tu ventana
La mariposa azul enviarte quiso;
Si has mordido hasta el fondo tu manzana,
Contento de arriesgarle el Paraíso;

Si a un soplo de coraje o de victoria,
Sentiste dilatarse en tu quimera
El estremecimiento de la gloria,
Como el viento sonoro en la bandera;

Si en la conformidad de tu pan bueno,
Y en la franqueza de la sal que gusta
Tu sencillez cordial, te inunda el seno
Un alborozo de salud robusta;

Si es tu vino en su espíritu elegante,
El rubí de la generosidad;
Y tu agua, en el primor de su diamante,
La perfección de la serenidad;

Si afable ríe el fondo de tu saco
La veleidad de la última moneda;
Si teje en la hebra azul de tu tabaco
La araña filosófica su seda;

Si cumpliendo la ley de tu destino,
Así que amengua el frío sus rigores,
Floreces como el árbol del camino,
Sin saber quién se llevará tus flores;

Si dueño de ti mismo en el contraste
Y en la ventura, con feliz prudencia
La plenitud de libertad lograste,
Exento al par de mando y de obediencia;

Si tu dolor acendra lo que toca,
Y en un alto heroísmo lo sublima,
Como el águila impone a toda roca
La soberbia tristeza de la cima;

Si en sencilla piedad se entrega probo,
Con ternura de pan tu corazón;
Si sobre la fiereza de tu lobo
Manos de suavidad tiende el perdón;

Si amas la vida y sabes merecerla,
Hasta hermosear tu propia desventura,
Tal así como afina el mar la perla
Que engendró en la inquietud y en la amargura;

Si vas perfeccionándola sincero,
Sin preocuparte del postrer fracaso,
Cual no arredra al artístico alfarero
Saber que un día ha de romperse el vaso;

Si va alcanzando en la sabiduría
La paz final tu espíritu seguro,
Como anuncia el cercano mediodía
La sombra que se acorta al pie del muro;

Si para aminorar la ajena angustia,
Inclinarte sabrás hacia el olvido
Con la docilidad de la hoja mustia...—
Si has admirado y si has aborrecido;

Si has llorado también, lo que se debe
Llorar con dignidad y fortaleza;
Si ha sabido oponer a toda plebe
Balaustrada de mármol tu firmeza;

Si tu ingenio, a la vez jovial y pronto,
Juzga con apacible menosprecio,
En la absoluta convicción al tonto
Y en la excesiva rectitud al necio;

Si con fácil bondad te contradices,
Y amable a todo el que de ti recoje,
Tu pizca de mostaza en las narices
No los priva del grano de tu troje;

Si consiguió tu vida diferente,
Sobre la peña o por el cauce blando,
La flexible unidad de la corriente,
Que como va corriendo, va cambiando;

Si fiel a la verdad que tu alma aquieta,
En la sombra estrellada de tu abismo,
La posesión de la bondad completa
Te revela que Dios está en ti mismo;

Si serenado de equidad, ya en tu alma
Ningún torpe deseo se encapricha;
Si el cielo es el espejo de tu calma—
No busques más, amigo, eso es la dicha.

Así forma la vida tu tesoro;
Que así las penas como los placeres,
En cada hora te dan su gota de oro.
Pero el buen dorador tú mismo lo eres.

Como sólo al arder rinde el incienso
Su plenitud de aroma, vive y ama,
Para que en onda de perfume inmenso
Te alce al azul la valerosa llama.

Gloria en que todavía será prenda
De fino amor, la cándida ceniza
Que a la fragante brasa de tu ofrenda
Con apagadas canas tranquiliza.

Dulce es ver la llegada del invierno
Que acerca un desenlace sin congojas
En la pureza del azul eterno
Y el dorado silencio de las hojas.

Silencio que, recóndito y dorado,
Con tu recuerdo llorará después,
La poesía del nido abandonado
En el noble misterio del ciprés.

Feliz con haber sido cuerdo y loco,
Sonríe a tus quimeras seductoras,
Y en tu huerto invernal reserva un poco
De lento sol para dorar tus horas.

ROMANZAS DEL BUEN INVIERNO

I

LA ALAMEDA

En un tenue gris de seda
Flota ya la tarde inerte.
Por la pálida alameda
Va el camino de la muerte.

Sobre la hojarasca blonda
Que lo mulle, abisma el sér
Una suavidad tan honda,
Que convida a no volver.

II

LOS ARBOLES DE ORO

Llora en la lenta caída
De aquellas hojas doradas,
Lo mejor de las pasadas
Ilusiones de la vida.

El alma bella es, al par,
Generosa de su lloro.
Y el árbol se vuelve de oro
Cuando se va a deshojar.

III

EL CAMINITO

Caminito, caminito,
Tan parecido a mi pena,
Cual si lo hubieran escrito
Mis lágrimas en la arena.

Mísero pía en los cardos
Un pajarillo invernal.
El frío eriza sus dardos
Como un cardo de cristal.

Y el caminito persiste
Por la llanura serena...
Caminito largo y triste
Tan parecido a mi pena.

IV
EL BOSQUE ENCANTADO

Bajo aquella alba glacial
Que aclara el bosque profundo,
La escarcha ha creado un mundo
De plata, ensueño y cristal.

Mas, el primer arrebol
Que alza el nocturno letargo,
Lo desvanece en un largo
Campanilleo de sol.

Y en esa lenta caída
De pedrería solar,
Se pone el bosque a llorar
Su ilusión desvanecida.

V
EL SILENCIO

Entre el cielo y la tierra azulada,
Describían el vasto circuito
La luz, el reposo y la nada.

Apagóse, a lo lejos, un grito
Que dejó la llanura más sola.
En mi alma triunfó el infinito.

Un silencio admirable llenóla
Con su perfección. Ascendía
Lento y hondo, a la vez, como una ola,
Y era música y no todavía.

VI
LA VIOLETA

Yace oculta en la abatida
Masiega del arroyuelo
Como una estrella dormida.

Y con extático anhelo,
En lo azul enajenada,
Pone la misma mirada
Con que a ella la mira el cielo.

VII
ARMONIA RUSTICA

Bajo la siesta invernal,
La música de la brisa,
Con largo susurro alisa
Las clines del pajonal.

Susurro que en su desliz
Hojea el libro de paja,
Como enseñando en voz baja
Su silbido a la perdiz.

Silbido que a lo ulterior
Arrea infinitamente
El rebaño inconducente
Del pajonal cimbrador.

Y encapullando su frío,
Cual sumisa oveja el alma,
Dormita una lenta calma
Sin tiempo y sin albedrío.

VIII
PLENILUNIO HELADO

La luna reina. En gélida laguna
El cielo atersa su cristal profundo,
Y la alta noche petrifica al mundo
En el mármol del frío y de la luna.

Cándida soledad... Calma estatuaria
Que ha desolado la ciudad inerte.
Nuestro paso en la calle solitaria
Revibra un eco demasiado fuerte.

Escarcha y luna... El mundo está tan claro
Que da miedo, y en lúgubre residuo,
La propia sombra inquieta el desamparo,
Tal como un perro demasiado asiduo.

IX
LOS PERROS LUNATICOS

Rozando interminables muros,
Trotan sin fin. Su endeble traza
Bajo la luna se adelgaza,
Y ella los vuelve más obscuros.

Y siguen con absurdo empeño
En nuestra misma dirección,
Los fatales perros sin dueño,
Sordos al mimo y al baldón.

Una esquivez de presidiario
Manifiesta su intimidad
Con los vampiros del osario
Y el horror de la soledad.

Afelpando su oblicua marcha,
Toda la noche van así,
Exasperado por la escarcha
Su silencioso frenesí.

O una demencia paralela,
Su gañido histérico arranca,
Y se pasan la noche en vela
Ululando a la muerte blanca.

X
LA CHIMENEA

Canta el agua en la caldera
Con el mismo eterno son.
En la llama pasajera
Dura la meditación.

Salta del techo a la alfombra,
De la alfombra al techo va,
La misma inconstante sombra
Que hace años habita allá.

Sombra y llama, son y encanto
Siempre iguales, ay de mí,
Mientras uno cambia tanto
Y se va muriendo así.

XI
LA CAMELIA

Bajo el albor lunar que la amortaja
De claro frío, descogió su broche,
Como una novia la postrer alhaja.
Ampo de luna gélida que cuaja
El beso misterioso de la noche.

XII
LA LLAMA AZUL

Tras leve espiral de tul
Que en la obscura estancia flota,
Del leño la llama brota
En largo pétalo azul.

Ante aquella ardiente flor
Que profundiza tu ensueño,
Como la llama en el leño
Se alza en mi sombra tu amor.

Una azul obscuridad
Llena el aposento en calma,
Y el remoto azul de tu alma
Crea la felicidad.

XIII
LA OFRENDA DE LOS PERFUMES

Mi alma y el leño al arder,
Exhalan su aroma agreste,
Y la llamita celeste
Corporifica tu sér.

Afuera, la racha obscura
Hachea en el bosque inmenso.
Y en fiel lágrima de incienso
Llora por tí mi amargura.

XIV
LA ULTIMA ROSA

Esa rosa que, jovial,
Deshojas en tu embeleso,
Te traía con mi beso
La última flor del rosal.

Y al deshojarse amorosa,
Bajo tus mismos agravios,
Se multiplican en labios
Los pétalos de la rosa.

XV
EL ARBOL SECO

Muestra, doloroso y rudo,
En su costra elefantina,
Las llagas de la resina
Y la tortura del nudo.

Con desesperados brazos
Diríase que se arroja
Al dolor de los hachazos
Que parten su leña roja.

La última hormiga mitiga
En el tronco su tarea.
Y con inútil fatiga,
La muerte garabatea
En las patas de la hormiga.

XVI
LA COCINA

En el umbral, la escopeta;
Y animando el fondo pobre,
Metálica gallareta
Junto a una paila de cobre.

Sordo el caldero borbolla...
Y provocando a morderla,
La nacarada cebolla
Sonrosa su enorme perla.

La mirada que registra
En la honda sombra del techo,
Descubre una vaga ristra
Junto a un tasajo de pecho.

Un reflejo rosa baila
Como un duende saltarín,
En el metal de la paila
Y en el charol del hollín.

Llora el tizón de retama
Un aromático zumo,
Y un febril pincel de llama
Fantasea un árbol de humo.

XVII
LA BORRASCA

Tinieblas, campaña, aposento,
Abisma en su helada pavura
El ámbito enorme del viento.

Bajo una haraposa negrura,
Con ayes sobrenaturales
Se lamenta la noche en tortura.

Flota un lampo entre densos raudales:
Parpadeo que lívido arrasa
De llanto los tenues cristales.

El ímpetu asalta la casa
Con más furia. Sacude más fuerte.
De pronto, un silencio. Algo pasa...
Nada... Sombra... Quizá era la muerte.

XVIII
LA LLUVIA OBSCURA

Y la lluvia llora, llora,
Con sombría obstinación.
Llora la lluvia invasora...
Llora, llora, corazón.

Lluvia que ahonda el afecto
Del alma sentimental,
Y purifica el abyecto
Sollozo del albañal.

Lluvia con que su fatiga,
De tinieblas desolada,
Ante la puerta cerrada
Llora la noche mendiga.

Llora, corazón, que triste
Saboreas tu pasión.
Llora, llora, corazón,
Las penas que no sentiste.

Llora, acerbo como el mar,
Cavando tu propio abismo,
Y llora sobre tí mismo
Por lo que habrás de llorar.

XIX
LA DICHA

Llenos de una noble fe
Que amansa la noche hostil,
Alzas con calma infantil
Tus claros ojos de té.

Nieva un laborioso albor
La costura familiar.
Cómo he podido pensar
En la muerte y el dolor.

Así, en la honda plenitud,
Duermen las perlas, y así
Se va suavizando en tí
La perla de mi quietud.

XX
LA FIDELIDAD

Dicen que la grulla real,
Cuando está de centinela,
Fingiendo que duerme, vela
En su pata vertical.

Mas, temiendo que la grata
Quietud, la lleve a rendirse,
Carga, para no dormirse,
Una piedra en la otra pata.

Puesto que sólo me arredra
Ver mermarse mi afición,
Tengo yo mi corazón
Como la grulla su piedra.

Si se me llega a caer,
No lo atribuyas al sueño.
Busca con mejor empeño
Que algo más grave ha de ser.

XXI
LA BELLEZA

Todo calla. La lámpara segura
Echa en torno, redonda y amarilla,
Una mancha de sol en la que brilla
Tu escarpín, y tu frente queda obscura.

Duele, de tierno, el corazón. Y en tanto
Que las almas se rinden más cautivas,
La sombra abaja sobre nuestro encanto,
Aquiescentes pestañas pensativas.

MÚSICA DE CÁMARA

Tibi nuptae, sponsae, amicae.

I

La ligera delicia del alegro
Entreabre su pimpollo en la viola.
Gime el adagio doloroso y negro
Un violín que ardiente se desola.

Suaviza un alma, de pasión convulsa,
En el violoncelo el arco blondo,
Mientras la cuerda que el andante pulsa
Difunde una quietud de azul sin fondo.

Por una hebra de luz que en la suntuosa
Lobreguez de la alfombra se propaga,
El minué sobre su escarpín de rosa,
En el segundo violín divaga.

Y cuando hila el ensueño peregrino
En los dieciseis nervios su áureo copo,
La remota clemencia del destino
Cede cantando: *allegro, ma non troppo.*

II

Sobre un frágil cristal de lago en calma,
Que embellece el crepúsculo marchito,
Remonta aquella música en el alma
Su inmensa aspiración al infinito.

Aspiración que reveló, inocente,
Junto con la hermosura de la vida,
La dulce niña, que por ser frecuente
Como la luz, pasaba inadvertida.

Aquella en quien la suerte nos dió novia,
Y con eso, además de merecerla,
Como pródiga vid que el fruto agobia,
El secreto de un alma en una perla.

Aquella que tampoco lo sabía,
Bella durmiente de su bosque muerto,
Hasta que del ensueño azul, un día,
Se despertó para encontrarlo cierto.

Aquella que fué nuestra de tal modo,
Que así nos absorbió la vida entera,
Porque sólo es total en quien dá todo
La merced inmortal de lo que diera.

III

Mas, ya el pimpollo matinal se inclina...
Y el violín, con íntima congoja,
Saca llorando de la cuerda fina,
El suspiro en que el alma se deshoja.

Y la mística luna lo dilata
Sobre el lago fatal, de obscuro encanto,
Donde en raudal de pétalos de plata,
Tiembla, a su vez, como deshecha en llanto.

Y en nuestro propio espíritu revela
Una belleza tan desgarradora,
Que en la flor deshojada y en la estela
Es aquella hermosura lo que llora.

Y sin saber por qué, sin que nos doble
Ningún reciente o viejo desengaño,
En la queja de aquel dolor tan noble,
Solloza algo muy nuestro y muy extraño.

Algo de inmemorial que nos apena
Sin expresarnos culpa ni reproche,
Como en el corazón de la azucena
Deja caer su lágrima la noche.

Noble dolor que en toda vida existe
Cual la amarga fragancia en el romero.
Perfección en que acaba, un poco triste,
La gracia matutina del lucero.

IV

Y el azul reina, con la fe segura
De su propia pureza, sobre el mundo.
Y engrandecida en él nuestra ventura,
Se llena de él el corazón profundo.

El corazón, profundo de belleza,
Como el bosque en cuyo ámbito sombrío,
El alba virginal se despereza
Desnuda en cada gota de rocío.

Triunfante de la racha y la carcoma
Se alza el árbol viril que nada tuerce,
Y en lo hondo acendra su virtuoso aroma
La constancia del cedro y del alerce.

Fuerte benignidad del tronco sano
Que echa la flor y que asegura el nido,
Y en el cofre reanima con un grano
De almizcle, las cenizas del olvido.

Valerosa esperanza de la nave,
Rama que, como otrora junto al cielo,
Recobra el trino familiar del ave
En la madera del violoncelo.

Indole musical de árbol que canta
Con la hoja verde y con la fibra muerta,
Lo mismo si la brisa se levanta
Que si la melodía se despierta.

Clara fidelidad que sin estruendo
Ni ostentación, bajo su yugo blando,
En la firmeza de vivir queriendo
Da la nobleza de morir amando.

V

Basta para eso la gentli pastora
Que el minué va a evocar en dulce engendro,
Como cuando pintó un matiz de aurora
Tu fresca sencillez de flor de almendro.

La pastora Luis XV, de amplia veste,
Que evaporada en ilusorio efluvio,
Conduce de un favor rosa o celeste,
Su albo cordero o su amorcillo rubio.

La que repite en tu coqueta gracia
La *Lección* de Watteau, que así recuerda
Con dedos de abolida aristocracia
El genio muerto en la amorosa cuerda.

Aquella íntima cuerda que te nombra,
Tan hondamente desasosegada,
Y que arrulla, nombrándote, en la sombra,
Bajo la lenta clin, como besada.

Y ya el tema, meciéndose más grato,
Su voz sentimental pide a la endecha,
Ya en la vivacidad del *pizzicato*
Trisca el cordero y el Cupido flecha.

Hasta que desfallece el abanico
De la *Fiesta Galante*, en lance ameno,
Y bajo su ala fútil guarda el pico
La tórtola dormida de tu seno.

VI

Porque ya es la hora del amor triunfante,
Cuando la amada, ante el divino linde,
Busca asilo en el mismo pecho amante
Contra el dulce rigor que así la rinde.

Y mientras se aproxima el labio mudo
Al mudo labio, la doncella clara,
Como doliente de querer, el nudo
De sus crédulas manos desampara.

Casto beso de amor en que se abniega
El deseo recóndito, sumiso
A ese abandono de paloma ciega
Del excesivo azul del Paraíso.

Pureza heroica que ante el devaneo
De nuestro propio amor, se opone aguda,
Como una espada de inquietante aseo
En infranqueable rectitud desnuda.

Quietud feliz que al iniciar su brillo
La estrella pastoril de los rastrojos,
Oye en su heno otoñal cantar al grillo,
Y se embellece en los amados ojos.

VII

A la sutil palpitación en que arde
La estrella libertada de sus tules,
Se sonrosa más lánguida la tarde,
Y los prados se vuelven más azules.

Es nuestra hora, mi bien. Terso refleja
El lago obscuro a la dormida garza.
Y tranquila como él, el alma deja
Lamer su lobo y florecer su zarza.

Una inefable plenitud de arrobo,
Endulza la desdicha más acerba,
Y derrite en frescor la sed del lobo,
Y con blanda piedad mulle la hierba.

Numera el ritmo del juncal lacustre
En música y estrofa el mismo metro,
Y en la serenidad del lirio ilustre
Tu plácido candor alza su cetro.

ESTAMPAS JAPONESAS

A la Única

Cuatro bellezas tiene el año,
Cuatro bellezas como tú,
Que me enumera el bonzo extraño
Con su puntero de bambú.

Es la primera, al desperezo
De un amor todavía leve,
La temprana flor del cerezo
Que se mezcla a la última nieve.

La segunda es el sol de estío,
Que en el kaki de fuego y miel,
Pinta al amante desvarío
La mordedura dulce y cruel.

Cuando el amor se acendra en lloro
Y el otoño agobia la rama,
La tercera es la luna de oro
Sobre el lejano Fuziyama.

Y la belleza del invierno
Es el frío, el frío sutil
Que refugia en mi pecho tierno
Tus lentas manos de marfil.

Mas se equivoca el bonzo extraño
Con su doctrina y su bambú.
Cuatro bellezas tiene el año,
Pero ninguna como tú.

LOS ÁRBOLES DE HUMO

I

Reina en la alcoba el sosiego,
Y en su blando desahogo,
Con vivo acezo de dogo
Dilata su lengua el fuego.

Su exaltación natural,
Revelando un arte sumo,
Evoca el espectro de humo
Del árbol original.

A medida que lo crea,
El vigor del leño bronco
Toma por vibrante tronco
La lóbrega chimenea.

Leve follaje al pastel
Saca el humo de sus tules,
O en lentos gajos azules
Se desmaya su pincel.

Al aire claro en que medra,
Va cuajando su neblina
Una sílice opalina
De inmóvil árbol de piedra.

Y augura en la extenuación
Del gran cielo solitario,
Junto a un fuego hospitalario
Gente de buen corazón.

II

Con narcótica virtud,
El antiguo pebetero
Engendra un árbol ligero
De infinita longitud.

Arbol que con mezcla sabia
De aromáticos derroches,
Evoca en mil y una noches
Lentos ensueños de Arabia;

Corporificando, así,
Un lánguido y leve asomo
De estoraque y cardamomo,
De olíbano y elemí.

Suavidad de Cuatro Aromas.
Con que, una noche encantada,
Di nombre a mi bien amada
En los más dulces idiomas.

Amorosa suavidad
Cuya delicia suprema,
Azulada de alhucema
Flota en la serenidad.

III

Bajo un feliz desperezo
Que la ilusión anticipa,
En el humo de la pipa
Florece el cordial cerezo.

Bifúrcase en la nariz,
Se perfecciona, redondo,
Y en el húmedo ámbar blondo
Retrae lenta raíz.

Entre esa seda olorosa,
El afán que te subyuga,
Va encapullando la oruga
De su negra mariposa.

Mas, pronto, el diáfano tul
La realidad desintegra,
Y la mariposa negra
Se te transforma en azul.

IV

En la amable buena fe
De la casa que reposa,
Se desprende generosa
La noble alma del café.

No es más que una hebra ligera
De bruma lo que desprende,
Para que suba tu duende
Al desván de la quimera.

Y con fragante vigor,
En el ébano más fino,
Atesora el mal divino
De un grave insomnio de amor.

V

Goza su dicha ligera
El perfecto solitario,
Con su estufa y su incensario,
Su pipa y su cafetera.

Y mientras deja que, al par,
Místico sopor lo envuelva,
Oye en su fragante selva
Remotos mirlos cantar.

VI

Así, en una ascua encendida,
Leña o perfume, hoja o zumo,
Bella, inútil, abolida,
Planta en el aire la vida
Fútiles árboles de humo.

BALADA DEL FINO AMOR

Voi che sapete ragionar d'amore,
Udite la ballata mia pietosa.
Dante—Vita Nuova, ballata IV.

I

Bajo el remoto azul de un cielo en calma,
Y al susurrar de la alameda umbría,
Para tu elogio he de contar un día
Cómo fué que el amor nos llegó al alma.

Cómo fué... ¿Pero, acaso, no es sabido
El modo de venir que tiene el ave,
Cuando recobra, peregrina y suave,
La solitaria intimidad del nido?

¿O alguien ignora lo que pasa, cuando
La luna de las flébiles congojas,
A través de las almas y las hojas,
Derrama sombra y luz, como llorando?

¿Y habrá quien no haya visto en un inerte
Crepúsculo de gélidos candores,
Caer las violetas ulteriores,
De las lánguidas manos de la muerte?

II

Morir por ti, dice el eterno idioma
Con que se oferta el corazón amigo.
Voz de amada y arrullo de paloma,
Responden a su vez: morir contigo...

Morir, porque mejor luzca el empeño
De probar justamente que bien se ama,
Así como más claro alumbra el leño
Cuando le muerde el corazón la llama.

Morir de amor con la querida pena
Que eterniza en la muerte la ventura:
Desmayo de alabastro que serena
La propia perfección de su hermosura.

Morir como la noche cuando aclara,
Y al caer el ámbito postrero,
Finge un cárdeno lirio que volcara
La gota palpitante del lucero.

III

Amor que en una soledad de perla
Veló el misterio de su aristocracia,
Donde, sino el encanto de tu gracia,
No hay otro que estar triste de no verla.

Dichosa angustia de buscar tus manos,
Como si en la tristeza incomprendida
De tus ojos profundos y lejanos,
Hubiera ya un comienzo de partida.

Trémula adoración que es el sustento
De aquella aroma que tu ser resume:
Levedad generosa del perfume
Cuya vida es un desvanecimiento.

Ligero llanto en que la dicha emana
Su obscura plenitud de noche bella.
Inquietud de mirarte tan lejana
Y tan azul, que te me has vuelta estrella.

COMENTO

Y deshojado en los amores d'ella,
Ser esa rosa que murió temprana.

LOAS DE LA PRIMAVERA

EL VIEJO SAUCE

Viejo sauce pensativo,
Que viendo el agua correr,
Tras su beso siempre esquivo
Se empeña en reverdecer.

Constancia que el tiempo pierde
Sin cansarse de esperar,
Al temblor del hilo verde
Que en vano le echa al pasar.

Vean qué herida lo ha abierto
Cual si fuese un ataúd,
Y ya alegra al bosque muerto
Su verdor de juventud.

No le impiden sus agobios
A la vida sonreir.
Viejo sauce de los novios
Que pronto van a venir.

Más doblado sobre el cauce,
Peligras y amas mejor.
Viejo sauce, viejo sauce,
Preferido de mi amor.

II
MARGARITAS

De un día para otro, sobre la pradera,
El sol, animando las hierbas marchitas,
En las piezas de oro de las margaritas
Reveló el tesoro de la primavera.

Así, sucediendo la alegría al lloro,
El que amó infelice vuelve a la ilusión,
Y en alguna nueva Margarita de oro,
Revela el tesoro de su corazón.

III
LOS DURAZNEROS

Suave luz rosada
De los durazneros
Que aclaran, ligeros,
La tierra agostada.

Luz sencilla y tierna
Cuyo tenue lampo
Saca al duro campo
Su sonrisa eterna.

Frágil luz airosa
Que ilusiones pinta
En la fresca cinta
Y en la media rosa.

Luz plácida y buena
Que su sér transmuta
En carne de fruta
Y en miel de colmena.

Luz que, amable, pones
Plácemes sinceros
En los durazneros
Y en los corazones.

IV
LAS ANEMONAS

Gentil grupo de muchachas
Que arriesgan, largas y finas,
Tan frágiles papalinas
Al capricho de las rachas.

Gárrulas "flores de viento"
Que con rojas y anchas bocas
Rien las franquezas locas
En que peligra el momento

El soplo que las inflama
Con frívolos esplendores,
Exalta en sus mil colores
El vario ardor de la llama.

Deseo que se consume
Antes de ser esperanza.
Hermosura que no alcanza
La intimidad del perfume.

Pero en su frescor lozano
Ha puesto un hado maligno
El irreparable signo
De las que mueren temprano.

Así, con viva ilusión
Su gracia fútil se alegra,
Y tiene una gota negra
Cada una en el corazón.

V
LA FRAGANCIA

Comienza el alba a apuntar,
Y suspirando indecisa,
Llega la profunda brisa
Que durmió en el trebolar.

Se azula el césped sombrío,
Y hacia el tenue cielo en calma,
Exhalan los campos su alma
En el frescor del rocío.

VI
EL CANTO

Espíritu del campo,
Que en el éter sutil,
Destella como un lampo
La calandria gentil.

Cuando alta ya en la noche,
Rompe el hondo capuz
Con lírico derroche
De rocío y de luz.

Tan alta y tan resuelta,
Que ebria de intrepidez,
En el azul disuelta
No volverá tal vez.

O en gorjeo infinito
La arrastrará su ardor
Al júbilo inaudito
Del vértigo ulterior.

Que así al mundo asevera
Su generosidad,
Toda la primavera,
Toda la libertad.

VII

LA BELLA MAÑANA

El cielo es una taza azul que pinta
Del borde al centro, con feliz decoro,
Un ciprés, negro al sol, como la tinta.

Tiembla en ella, sutil, un agua de oro...
Y un remoto zorzal canta en la quinta.

VIII

HIMNO A LAS ROSAS

Rosas generosas
En que el sol impera,
Mejillas fogosas
De la primavera
Que ardiente acelera
Su sangre en las rosas.

Copas tumultuosas
En que recupera
Su ebriedad ligera,
Con las mariposas,
El amor que altera
Senos, labios, rosas.

Rosas amorosas
De estirpe altanera,
Primorosas rosas
Cuyas deliciosas
Heridas gloriosas
La espina exaspera.

Bocas fervorosas
En que reverbera
La fragante hoguera
De ansias misteriosas.
Rosas, rosas, rosas
De amor y quimera.

Rosas venturosas,
Dichosas esposas
Con que, harto de diosas,
El sol adultera:
¡Gloria y Primavera
Rosas, rosas, rosas!

IX
JUNTO AL LAGO

Pinta el cisne más donaire,
Flota el cielo más azul.
Lenta cruza por el aire
La borra del abedul.

El sol, como un perro manso,
Se ha tendido a nuestros pies.
La honda quietud del remanso
Detalla un kiosko al revés.

Su silencio el bosque agranda...
Y allá, con el mismo son,
Late la tórtola blanda
Y arrulla tu corazón.

X
LA CEREZA

Con el cándido primor
De tu fresca muselina,
A la gloria matutina
Revienta el cerezo en flor.

Dichoso de su largueza
Tiembla el árbol en la brisa,
Y ya en tu clara sonrisa
Se acidula la cereza.

XI
LAS GLICINAS

Oh, glicinas, glicinas,
De abandonado talle,
Que asoman a la calle
Cual curiosas vecinas.

Doncellas azulinas
Que tras frescos racimos,
Se besan con los primos
Sobre su muro en ruinas.

Glicinas clandestinas
De herméticas paredes,
Echad floridas redes
A la ocasión, glicinas...

XII

PLENITUD DICHOSA

Pasa el viento en lenta ola,
Y al sol que la atiza en llama,
Dorado trago derrama
La copa de la amapola.

Lánguido el talle cimbreño,
Mece su seda escarlata;
Y en su fondo se amorata
La grave ojera del sueño.

XIII

EL CHAPARRON

Flechan las gotas cristalinas,
Y con chillidos de cristal,
En bandada de golondrinas
Ganan las chicas el portal.

Su aspaviento la calle alegra,
Y como si las escuchara,
En el desliz del agua negra
Pasa pronto la lluvia clara.

Pero ante el vado aun muy crecido,
Bajo la enagua blanca o rosa,
Si el pequeño pie es decidido,
La linda pierna es temerosa.

Cruza un chiflón de viento loco,
Que al tramar libertino chasco,
Permite coquetear un poco
La turbulencia del chubasco.

Y en los moños se regocija,
O redondea de improviso,
En las cinturas de sortija
El "anillo de compromiso".

Grave o vivaz, morena o rubia,
Las detalla aquel soplo así,
Y un dorado polvo de lluvia
Les da frescuras de alelí.

XIV
SERENIDAD

El mundo reposa conforme.
Domina en el cielo profundo
Un álamo verde y enorme.

Y como ante un misterio profundo,
Descansa en la mano la frente,
Contempla el azul hondamente
La eterna belleza del mundo.

XV
EL ALBOROZO

Tras plácidos engendros,
La nueva primavera
Sonríe en la ligera
Nieve de los almendros.

Almendros primerizos
En que florecen, francos,
Los papelitos blancos
Con que se hace los rizos.

Cándidas alegrías
Cuya frágil blancura,
Como una joven pura
Nos da los buenos días.

XVI
EL PICAFLOR

En el aire que un ardor
De siesta, dorando escalda,
Su fugitiva esmeralda
Vibra el primer picaflor.

Leve frenesí lo agita,
Y al hallar la casa abierta,
Ante el vano de la puerta
Baila, anunciando visita.

Dentro, la joven paisana
Que en silencio el mate ceba,
Sonríe a esa dulce prueba
Y abre también la ventana.

Pues por aquel lado llega...
(Y confirma al visitante,
La brasa que en ese instante
A la pava se le pega).

Con sobresaltado empeño,
El colibrí, más sonoro,
Va hilando en un rayo de oro
La inquietud de aquel ensueño.

O en flámula vivaracha,
Dando a las flores agravios,
Parece pedir sus labios
A la donosa muchacha;

Que con tierna previsión
Y disimulo amoroso,
Pone en el mate obsequioso
Un gajito de cedrón.

XVII

EL AROMO

La tarde que ya revela
Más dulce su alma celeste,
Con aquel perfume agreste
Los tristes yermos consuela.

Ufano con el tesoro
De sol que en sus venas arde,
En la quietud de la tarde
Se gloría el árbol de oro.

Y al postrimero arrebol,
En la pradera remota,
El oro de cada mota
Prende una yesca de sol.

XVIII

LA TARDE Y LA ESTRELLA

Ya la tarde viste
Gasas de doncella,
Ya vuelve tu estrella
Tan clara y tan triste.

Ya, mientras te mira
La estrella, extasiada,
La tarde rosada
Más hondo suspira.

Y tu alma amorosa,
Con lánguido ascenso,
Se abisma en su inmenso
Suspiro de rosa.

XIX
CONTIGO

En leve desmayo azul,
Sobre la tierra ya obscura,
La noche de la ventura
Dilata su largo tul.

Pálido de la pasión
Que le clava íntimo dardo,
Profundamente abre el nardo
Su amoroso corazón.

El césped se aterciopela,
Y al rumor de tu pisada,
Vuelve la noche callada
Lentos ojos de gacela.

XX

LUNITA BLANCA

Lunita delgada y clara
Que a verte con ella vas,
Si por mí te preguntara,
Lunita, qué le dirás?

Dile mi amor verdadero,
Que bien lo sabrás cumplir.
Mas, todo lo que la quiero,
Nunca lo podrás decir.

Lunita de la laguna,
Donde rendida y cortés,
Mi alma se deshoja en luna
Para besarle los pies.

Para calmar sus rigores,
Alumbra más dulce y bella,
Lunita de mis amores,
Tan parecida con ella.

CLARIDAD TRIUNFANTE

Tan tenue, que al principio casi es una neblina,
Cobra el alba un misterio de perla submarina.
En la fronda, los pájaros, cual si tuvieran frío,
Bajo el ala encapuchada la timidez del pío;
Que así, a la gloria próxima del lírico derroche,
Renacen del inmenso huevo azul de la noche.
Un misterioso aliento de aroma y de frescura,
Conmueve lo profundo de la arboleda obscura.
En el cielo que aclara, todavía incoloro,
La soñolienta aurora despeina un bucle de oro;
Y en el pincel del álamo anima el toque rosa
Con que va iluminando su acuarela graciosa.

El humilde sendero que en los campos se pierde,
Agranda un mundo hermoso tras la colina verde.
Y la aventura, al soplo matinal se embandera,
Con gallardo alborozo de nave delantera.
Tallando en oro fútil cada guijarro agudo,
El arroyuelo ríe como un niño desnudo.
Con pueril fruslería, la alegría, en los trinos,
Tritura innumerables palitos cristalinos;
Que ya el nocturno huevo, roto en un arrebol,
Ha vertido la ardiente yema de oro del sol.

La tierra, en su rugoso vigor de diosa agreste,
Se abreva de rocío con ebriedad celeste.
Es la sagrada hora del alma que confía.
Con solidez de puro diamante, el nuevo día
Le cimenta la honrada seguridad del bien.
La verdad es la recia viga de su sostén.
La claridad extática, en el azul ambiente,
Como el agua en el vaso, tiembla ligeramente.
El silencio que triunfa, magnífico y profundo,
Es la grave armonía que está cantando el mundo.
Ya ni un rumor lejano la serenidad quiebra.
Sólo de cuando en cuando, con son viril celebra
En la cerviz de hierro del yunque, el sano afán,
La gloria del buen hombre que se gana su pan.

ELOGIO DE LAS ROSAS

LA PRIMAVERA

Arde al sol pleno la amorosa rosa,
Y en su carmín que vívido exubera,
Sangra su mordedura deliciosa
La fresca boca de la primavera.

LA MULTIFLORA

Humilde eglantina
Que en las ramas sesgas,
Temblando te arriesgas
Detrás de tu espina;

Tu pueril deseo
Se angustia no poco
Si el pájaro loco
Grita: *¡bien te veo!*

Todo el bosque adora
Tu gracia de niña,
Y el fauno te guiña
Su ojillo en la mora.

LA MARIPOSA

Lucen ante el embeleso
De la frágil mariposa,
Como provocando al beso
Las mejillas de la rosa.

Y tu alma, fiel mariposa,
Desdeñando aquel tesoro,
Sobre la instantánea rosa
Del beso, se enciende en oro.

LA FRANCA ROSA

Con valiente desembarazo,
La flor, sangrienta o inflamada,
Es en el seno, puñalada,
Y en el bucle, pistoletazo.

LA MOSQUETA

Plebeya y cálida rosa
Que una negra sangre agita,
Tu hermana la Sulamita
Fué morena pero hermosa.

La llama de la pasión
Incendia tu alma en que brilla
La remota maravilla
Del beso de Salomón.

EL BRINDIS

La ancha rosa de la guirnalda,
Corona el cántaro festivo,
Y en un trago de fuego vivo
Vuelca su cáliz de esmeralda.

LA BACANTE

Arde en su púrpura el vino,
Y en sus espinas lacera
La garra de la pantera
Que rinde el dardo divino.

Su copa orgiástica deja
Chorrear los labios de la horda,
Y ebria de sangre desborda
Su carcajada bermeja.

EL PIMPOLLO

Del verde cáliz todavía preso,
Rompe el botón, si tierno como un niño,
Turgente y apretado como un beso.

Todo es en él la gracia y el cariño
Con que se ve prefigurar la rosa.
Y ya la Primavera generosa
Lo duplica, arriesgando su corpiño.

LA ROSA DE LA AURORA

Pica un poco el aire agreste,
Y como nunca lozana,
Se alza la rosa temprana
Hacia el abismo celeste.

Ni un soplo el estanque riza...
Y de tenue sol dorado,
Un pajarillo bañado
Su agua loca pulveriza.

Y ante el azul que reposa,
Profundo de eternidad,
Duerme la serenidad
En el seno de la rosa.

EL SOL

Exalta el sol con púrpura violenta
Las grandes rosas en los crueles gajos,
Y abriendo aquellas flores, como tajos,
En glorioso degüello se ensangrienta.

LA COPA Y LA ROSA

Gotas de vino y pétalos de rosa
Que la alegría fútil desparrama
Como gotas de sangre dolorosa.

Y en la copa final que se derrama,
Y en la abolida flor, deja por heces
Beso de vidrio y sequedad de rama.

Sólo tú ansioso de sufrir con creces
La servidumbre de tu amor tremendo,
Oh firme corazón, nunca envejeces
Para seguir sangrando y floreciendo.

LA ESENCIA

Bajo el fuego sutil cuya tortura
La desencarna en mínima ceniza,
La rosa mártir espiritualiza
La noble perfección de su hermosura.

En el largo cristal de la redoma,
Por suave rayo de oro iluminada,
Tiembla su alma volátil, libertada
En absoluta lágrima de aroma.

ROSA

Rosa es la flor de la aldea,
La muchacha más donosa
A quien da nombre la rosa
En que el jardín se recrea.

Parece que en sus ojazos,
Como en la noche expirante,
Un doloroso diamante
Se hizo en la sombra pedazos.

En redondez suave y plena
Difunde su donosura
La generosa frescura
De la tinaja morena.

Habla en su boca la flor
Que la tiene por hermana,
Y hecho gloriosa manzana
Provoca en ella el amor.

Con voz o miradas tiernas,
No hay mozo que no la alabe,
Y un rayo de luz no cabe
Entre sus triunfantes piernas.

EL DESTINO

Como en las delicias de mi dulce mal,
Vivo de ofrecerte flores generosas,
Así amada mía, dar rosas y rosas,
Tiene por eterno destino el rosal.

Cuando bien se quiere, todo acaba en beso...
El amor florece sobre toda ruina,
Y el rosal amable, con su misma espina,
Te saca una rosa del dedo travieso.

LA ROSA Y EL COLIBRI

Suspenso ante su arrebol
Vibra el colibrí sonoro,
Como si atizara en oro
Voraz pavesa de sol.

Y la estéril flor remeda,
Frustrando su ansia de miel,
Una reina esquiva y cruel
En sus sábanas de seda.

LA ROSA DEL ENSUEÑO

Una lánguida rosa se dispersa
Sobre tu ensueño; y el feliz reposo,
Como una rosa más te hunde amoroso
Entre las rosas de la alfombra persa.

EL ALMA DE LA ROSA

Mulle tu ensueño la profunda alfombra,
El alma de la rosa flota en calma,
Y lentamente va entreabriendo en tu alma
Otra flor de misterio, amor y sombra.

EL CONFITERO

En un azúcar preciosa,
El confitero de Oriente
Cristaliza finamente
Tiernos pétalos de rosa.

Si con amoroso afán
Yo tus besos cosechara,
Al saberlo me nombrara
Su confitero el sultán.

Mas, con arrogante copla,
Yo así le respondería:
Guarda tu confitería
Sultán de Constantinopla

EL HECHIZO

Bayadera que, fatal,
Relumbrando ajorcas únicas,
Ensangrienta siete túnicas
En la danza del puñal.

Vibra ardiente, y se diría
Que un bárbaro filtro escancia,
En delirante fragancia
De almizcles de idolatría.

ROSA DE OCTUBRE

Fresca muchacha que del cerco asoma
A nuestro paso, en su percal sencillo.
La gracia juvenil pone en su aroma
Un dejo de lavanda y de membrillo.

Ríe sin causa, loca de contento,
Y arriesgando, aturdida, su decoro,
En su lacio corpiño entrega al viento
Su corazón que es un polvito de oro.

"L'EMBARQUEMENT POUR CYTHERE"

Rubios amorcillos echan de la espalda
El carcaj vacío y el ya inútil arco.
La propicia Venus custodia el embarco,
Envuelta en las rosas de fresca guirnalda.

La tarde se aduerme con una amorosa
Languidez que cede como un fácil moño,
Y en una dorada blandicia de otoño
Se evapora un tenue suspiro de rosa.

El brazo que ciñe los talles rendidos,
Marchita brocatos de noble elegancia,
Y con juveniles labios encendidos
Ríen la aventura las rosas de Francia.

Confiado a la oferta jovial de la ayuda,
Transigentes manos entrega el decoro.
Bajo el haya que algo recuerda, sin duda,
La sensible Idalia confiesa a Alcidoro.

Acéchase al borde de la ágil piragua
El amable riesgo de la pierna fina;
Y el frágil preludio que la flauta trina,
Una rosa trémula deshoja en el agua.

LAS ROSAS DE LA TARDE

La soledad que reposa
Parece un lago sereno.
Huele a rosa seca el heno,
Y deshojando una rosa,

Se aleja por los caminos
Que más suaves se enarenan,
La tarde azul que barrenan
Lentos humos campesinos.

ROSA NOCTURNA

Negros de noche ya, mi mano queda
Acaricia los pétalos, y en ellos
Palpo amoroso la fragante seda
Del nudo de tus lóbregos cabellos.

LA BLANCA ROSA

Rosa de nieve, rosa solitaria
Que amaba el cisne de Rubén Darío,
Blanca flor de pureza y de plegaria,
Cuyo imposible amor llora el rocío.

Bañada en luna te cantó el poeta,
Mientras soñabas, entreabierto el broche,
Al casto beso de la luz que aquieta
Los lagos misteriosos de la noche.

ROSA MISTICA

La luna en un deshojamiento blando
De extática blancura, desde el cielo
Abre la inmensidad de su consuelo
A algo muy nuestro que se va llorando.

ROSA PALIDA

Sobre la vencida rama
Que ya de hojas se desviste,
Adquiere la rosa triste
La nobleza de lo que ama.

Muriendo de la largueza
Con que rinde su tesoro,
Cobija en su manto de oro
La espina de la tristeza.

Así, en la pálida flor
Y el alma meditabunda,
Toda tristeza profunda
Es un estado de amor.

ROSA MARCHITA

Rosa marchita que el amante guarda
Entre viejos y pálidos papeles
Que a ese recuerdo vagamente fieles
Siente pasar bajo su mano tarda.

Quizá recuerda un algo de la vida
De aquel amor, tras tantos desengaños,
Y por eso parece que, a los años,
No está muerta la flor, sino dormida.

ROSA DE OTOÑO

Abandonada al lánguido embeleso
Que alarga la otoñal melancolía,
Tiembla la última rosa que por eso
Es más hermosa cuanto más tardía.

Tiembla... Un pétalo cae... Y en la leve
Imperfección que su belleza trunca,
Se malogra algo de íntimo que debe
Llegar acaso y que no llega nunca.

La flor, a cada pétalo caído,
Como si lo llorara se doblega
Bajo el fatal rigor que no ha debido
Llegar jamás, pero que siempre llega.

Y en una blanda lentitud, dichosa
Con la honda calma que la tarde vierte,
Pasa el deshojamiento de la rosa
Por las manos tranquilas de la muerte.

ESPINAS

Sólo quedan las espinas
En el rosal ya desnudo
Que prefiere, quieto y mudo,
El pájaro de las ruinas.

Con presagio de borrasca
Que exaspera un soplo helado,
En el patio abandonado
Cuchichea la hojarasca.

Reina una calma de entierro
En la tarde de ceniza
Que el ramaje martiriza
Con sus látigos de hierro.

Y por amor de la rosa,
Guarda el pájaro a su amor,
La constancia de la flor
En la espina rigorosa.

ULTIMAS ROSAS

Yo quisiera morir como las rosas
En la blandura del deshojamiento.
Irme suave y cordial, callado y lento,
En la quietud conforme de las cosas.

Prolongar por las calles arenosas
Del jardín familiar, ya macilento,
La blandura de mi deshojamiento
En la melancolía de las rosas...

MENSAJE A RUBÉN DARÍO

Maestro Darío, yo tengo un encargo
De la Primavera que llegó anteayer;
Y como es de amores y no sale largo,
Sucede que en verso lo voy a poner.

Dice que no es justo lo que haces con ella,
Si habiéndote dado, tesoro sin par,
Su beso en las flores y su alma en la estrella,
La olvidas y ahora no quieres cantar.

Que antes la querías, que no te ha hecho nada,
Que ya no contestas sus cartas de amor,
Que desde hace un año, pobre abandonada,
El último mirlo se porta mejor.

Que vano y ligero, tu amor fué de un día.
Que a pesar de todo, Musset no era así.
Que de ella te apartas con melancolía,
Aunque ella fué siempre buena para tí.

Que el sauce murmura, que dos ruiseñores
Se mueren por ella, como es natural,
Y aunque está muy triste para otros amores,
Va sintiendo pena de causarles mal.

Bien que en ella suele no ser la constancia,
Más que un frágil moño sobre el corazón,
Aqueste reproche de perseverancia
Yo creo, maestro, que tiene razón.

¿Quieres que te diga como fué?... Sombrío
Balcón, ocultaba pareja gentil,
Y entre dulces versos de Rubén Darío,
Plateaba los cielos la luna de Abril.

Maestro, recobra tu claro desvelo,
Y el labio en la flauta, consuela el amor.
¿Qué fuera del alma sin ese consuelo,
Y qué de la rosa sin el ruiseñor?

París, Primavera de 1911.

MARIPOSAS

EL SOPLO

Mariposas blancas, blancas mariposas...
La brisa, en sus alas, aturdida vuela,
Como si pasara deshojando rosas.

En su cuento de hadas las toma por vela
El fugaz esquife de nuestra alegría,
Y en sus papelitos, con loca ufanía,
Flota el abolido deber de la escuela.

LA GRACIA

Ríe la niña con desgaire ameno;
Y si en su boca es flor, gemela fruta
La púnica granada es en su seno.

El beso, al poseerla, se transmuta
En mariposa, que a la flor prendida,
En su átomo de miel goza una vida
Inefable, perfecta y absoluta.

LA LECCION

Lindas mariposas, frívolas doncellas,
Que el librito fútil abriendo y cerrando,
Huyen del chiquillo baladí como ellas.

¡Adueñarse de una que se escapa cuando
Más puro el contento la vida dilata!
Soplarse los dedos untados de plata,
Y un ojo en las nubes, quedarse pensando...

EL VUELO

Volar, volar, volar, volar,
Subir, subir, subir, subir,
Partir, volver, caer, bajar,
Flotar, posar, ir y venir,
Besar un trébol al salir,
Y una anémona al regresar;
Arder, vivir, ceder, amar,
Dándose un ósculo al pasar...

Libar al lirio su elixir,
Abanicarse y presumir,
Y mecida al lento blandir
Del alambre del aire, andar.
Ser un reflejo de zafir
En un fulgor de oro solar,
Fingir el nácar por brillar,
Y hecha una flámula morir...
Subir, subir, subir, subir,
Volar, volar, volar, volar...

LA HERMOSURA

Flota el cielo en una profunda armonía.
Y al aire que suelta su lánguido tul,
Ancha como un pámpano en la luz del día,
Con claro relámpago o llama sombría,
Vaga la gloriosa mariposa azul.

MARIPOSA NEGRA

Como en visión de trágico delirio,
La mano negra de la mala suerte,
Estampa al muro; y en su mancha inerte,
Se delinea el tenebroso lirio
Del amor, más profundo que la muerte.

LA DICHA LABORIOSA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CANTO DE LA MAÑANA

Campo verde y sol glorioso
Celebran en su bondad
El esfuerzo generoso
De la buena voluntad.

Rizo de oro peina el viento
Sobre el trebolar en flor,
Donde perfuma contento
Su aliento de segador.

Sano ardor el pecho inflama
De alegría juvenil.
Canta el hornero en su rama
Y en su andamio el albañil.

En el barro del hornero
Se honra la misma virtud
Que en el pan del panadero
Y en el colmo del almud.

Y el buen cielo de costumbre
Revela al mundo su ley,
En la clara mansedumbre
Que azula el ojo del buey.

CANTO DEL DIA

Desmonta la selva el hacha
Con valerosa franqueza
Que hace en el filo sin tacha
Relampaguear su limpieza.

En la tierra firme y dura
Resuena el paso sincero
Que la atareada herradura
Sella con timbre de acero.

La forja, con recio impulso,
Saca al yunque un son de oro
Que estalla en turgente pulso
Sobre su nuca de toro.

Sale al mar la blanca vela
Que nuevo dibujo toma
Con la tiza de la escuela
Y el ala de la paloma.

Su ración gana el trabajo;
Y al pan conforme que almuerza,
Muerde, con el diente de ajo,
La ruda sal de la fuerza.

CANTO DE LA TARDE

Con la obstinación serena
Que en bronce abolla su sien,
La suficiente faena
Concluye el hombre de bien.

Lánguidamente suaviza
El crepúsculo su tul.
En la plácida hortaliza
Perfuma el hinojo azul.

La remolacha de fuego
Apaga su tornasol,
Y abre al generoso riego
Su balde de cinc la col.

Sobre la oscura barranca
Ve el hombre brotar, gentil,
Aquella estrellita blanca
De la tarde pastoril.

Y apoyado el pie en la pala
Que dejó a medio enterrar,
Dichoso suspiro exhala
Oyendo al grillo cantar.

AGUINALDO

(*Sol en Sagitario y Capricornio*)

Lector, sea esta estrena broche de tu almanaque:

SAGITARIO

Ahórrete el destino toda grima o achaque;
Y si acaso la flecha solar del Sagitario
A tu talón amaga, yerre el ojo corsario
La puntería, y ábrate el divergente astil,
Cual generosa espina la panza del barril.

Deje hundirse el Arquero su irreparable dardo
En el fácil olvido de tu ayer; porte el fardo
De tus pasadas penas su grupa transitoria;
Y cuando haga el Zodíaco girar su inmensa noria,
Déte *Acuario* el aseo, *Libra* el justo nivel,
Y la *Virgen* su espiga que es una estrella fiel.

Así haya concordado su atributo bimembre
El Sagitario, al lapso feliz de tu Diciembre.

CAPRICORNIO

Comienza tu año nuevo con un alma mejor,
Entre las claridades de la dicha ulterior.

Ya la *Cabra* celeste que a tu heredad se allega,
En su barba sardónica trae la risa griega.
Sus cuernos enredaron con rosas circunstantes,
La eclógica guirnalda de tus días vacantes.
El seno de tu amada siente, en vagos hechizos,
Cómo pastan los nardos sus cabritos mellizos,
Según canta el divino cantar de Salomón.

Y su leche suaviza tu herido corazón.

Sus cuatro cascos de ágata que une en ritmo ligero,
Representan las cuatro semanas de tu Enero.
Lanza como un guijarro su balido sonoro,
Y como una alcancía suelta pepitas de oro...

Lector, goza tu día bien, que es lo más seguro,
Con tu pavo trufado, tu champaña y tu puro.
Si hay un beso de postre, róetelo también.
Esto es lo más seguro: goza tu día bien.

EL ENCANTO AZUL

(Mar del Plata, mar azul,
Tierra azul, límpido cielo,
Azul de alma, azul de vuelo,
Y el aire azul como un tul...)

Ven, amor, a ver conmigo
La tarde azul que se aduerme
Sobre el blando mar inerme
Como sobre un pecho amigo.

La calma empieza a tomar
Un claror de la otra vida,
Y la tarde, ya dormida,
Sueña en azul cielo y mar.

Lento nubarrón de plomo
Descuaja su mole inquieta,
Rebullido en violeta
Como el buche del palomo.

Tendiendo rútila franja
Bajo aquel sombrío toldo,
El ocaso es un rescoldo
De inmenso fuego naranja.

Y sobre un rosa ideal,
Tiñe las nubes del Este,
El milagroso celeste
De un paisaje angelical.

Azules nubes marinas
Que allá en las sublimes calmas,
Aparejan a las almas
Sus góndolas peregrinas.

A su paso, el aire suave,
Como un perfume divaga,
Y todo en azul se apaga,
Bello y hondo, quieto y grave.

Y en tu capa azul, más lento
El pliegue final se inicia,
Con la difusa caricia
De aquel estremecimiento.

Ya van también a cerrar,
Con una estrella por broche,
El torvo azul de la noche
Y el lóbrego azul del mar.

Azul, a su vez, el astro,
Magnetiza al mar clemente
Que anda y anda inmensamente
Sobre su trémulo rastro;

Mientras deja en anchos tules,
Flotar por la arena obscura,
La insostenible hermosura
De sus encajes azules;

Y que blanda se destuerza
Su crin de animal bravío,
En un vasto gris sombrío
Que es el sueño de la fuerza.

Suspira de cuando en cuando
El gran silencio marino,
Y en su misterio divino
La tierra se va azulando.

Un postrer rizo de tul
Llega al flanco de la duna...
La noche no es ya más que una
Durmiente caverna azul.

Y hasta tu alma que se asombra
Con remoto misticismo,
Desciende en azul de abismo
La santidad de la sombra.

PAVOS REALES

LA POMPA

Ser una cola de oro y pedrería
Y un brutal grito azul... Y en su apogeo,
Sentir arder en él, como el deseo,
Todos los ojos con que admira el día.

Glorificar ante el amor sumiso,
La belleza total, perfecta y sola.
Presentir que en su grito y en su cola
Desgaja un árbol de oro el Paraíso.

LA RUEDA

Crujiente crispadura de oro vivo
Dilata en su lujuria esplendorosa
Un viso de sutil flámula rosa
Sobre el deslumbramiento convulsivo.

En penacho de estrellas, su hondo anhelo
Abre al amor irresistible estuche;
Y en la turgencia del ansioso buche,
Profundo fuego azul inflama el cielo.

EL ORGULLO

Y todo él no es más que oro, oro, esmeralda,
Y oro otra vez, y vívidos cianuros,
Que ya apaga en relámpagos oscuros,
Ya en espasmos flamígeros escalda.

Fuego de oro, no más. De cuando en cuando,
Parece que lo atiza con las alas;
Y que en la cruel soberbia de sus galas,
Dos cuchillos de cobre está afilando.

LA AURORA

Anticipando al sol, la ardiente rueda
Alza en el prado, porque más resalte,
En un prodigio de ilusorio esmalte,
La ilusión prodigiosa de su seda.

Maravillada así, su audaz derroche
Aturde al día, y pone, en lento giro,
Pestañas de oro al lóbrego zafiro
De los ojos tardíos de la noche.

LA TARDE

El cielo funde ya su piedra fina
En el horno del sol, que tras el monte,
Va esmaltando el metal del horizonte
Con los más bellos cromos de su mina.

Mordido de color en cada poro,
Friega de oro el metal su pulimento,
Y exorbita hasta el cénit un violento
Pavo real verde delirado en oro.

LA NOCHE

Desmaya el campo en la blandura inerme
De la noche feliz. Sobre el paisaje
Serenamente azul, en su plumaje
De torvo pavo real la sombra duerme.

Y hacia las blandas playas del olvido,
Vuelca la Vía Láctea su tesoro,
Como la gigantesca cola de oro
De algún profundo pavo real dormido.

LA CALMA DORADA

I

Sobre un horizonte incoloro,
El mar, como nunca sereno,
Dilatábase trémulo de oro.

Alegraba la costa un ameno
Matorral de retama florida.
Y daba un sabor de pan bueno
El salobre frescor a la vida.

II

Cobijó mi abismal desamparo,
Aquel haz de tupidas retamas
En frágil temblor de oro claro.

Parecía colgar de las ramas
En flor, la quietud, como un nido.
El aire, con tenues soflamas,
Deliraba en ligero vahído.

III

Tan callado agravaba la costa
Su arenoso rigor, que se oía
Chillar solitaria langosta.

Cesó luego el insecto. Venía
Suave olor del feliz retamar.
Y en una perfecta armonía
Cantaba el silencio del mar.

LA DICHAS PERFECTAS

I

EL SOSIEGO

La clara siesta arde tranquila...
Corta en el césped densa franja,
Y sangrando su oro, rutila
Como un tajo en una naranja.

La paloma en ronco gemido
Profundiza el sopor del tálamo,
Y duerme el silencio mecido
Por la lenta sombra del álamo.

Despavesa el aire una llama...
Y en la ardiente serenidad,
El perfume de la retama
Cobra el don de la suavidad.

II
LA CALMA FLORIDA

Abre con pródiga alegría
La retama en flor su tesoro,
Y la clara luz se extasía
En sus tenues párpados de oro.

A su fragancia se reposa
La delicia en la perfección,
Y una frescura venturosa
Lava el sencillo corazón.

III
LA URRACA

La mañanita está nublada,
Y algo parece adormecerla
En la serenidad callada
De una tibia y profunda perla.

Entonces, llena de ese encanto,
Aunque su hilacha mal lo muestre,
La urraca elogia en dulce canto
Lo recóndito y lo silvestre.

Pífano rústico que alegra
La soledad feliz del soto,
Donde pinta la mora negra
Y se acaba el mundo remoto.

Y la hondura fiel del remanso
Donde la rubia arena brilla,
Y la umbrosa paz del descanso
Perfumada de doradilla.

Y el caminito que se interna
Por suaves campos de consuelo,
Y la distancia azul y eterna
Donde el camino llega al cielo.

Mas, tanto y tanto esfuerza incauta
Aquella flauta peregrina,
Que por fin se raja la flauta
Y en un graznido desafina.

Alto el pico, al cantar parece
Que bebiéndose el cielo está;
Y en la luz que la desvanece
Señala: *allá... allá... allá...*

IV
EL LAVADOR DE ORO

Deja correr tu amante lloro
En la noche profunda y bella,
Oh feliz lavador del oro
Que tu dolor esconde—y ella
Te revelará ese tesoro
En la pepita de la estrella.

V
LA COPA DE AGUA

En la copa habitual destella,
Gozando el límpido reposo,
Tu agua pura como una estrella
Su diamante maravilloso.

Vaga sonrisa de arroyuelo
Turba su sensibilidad,
Y una leve gota de cielo
Se deslíe en su claridad.

Con un rayo de sol, la cinta
Del arco iris, recorta fiel,
O ilusorios doblones pinta
Sobre tu cándido mantel.

Y si a través de aquel diamante
Miras el mundo, su fulgor
Va a revelártelo al instante
Bello, absurdo, inverso y mejor...

VI
LA PAZ DEL CREPUSCULO

La generosa madreselva,
Deja en quietudes pastoriles,
Que su negro frescor envuelva
El misterio de los pensiles.

Y bajo el lóbrego derroche
De su fragante cabellera,
En la profunda enredadera
Miran los ojos de la noche.

VII
LA CENA DEL POETA

Candor de luna en la laguna.
Blancor del ganso en el remanso.
Nítida loza de la luna
En que se ayuna
Sin descanso;
Mientras lánguida cual ninguna,
Lava la loza en el remanso,
La ilusión que te ostenta al ganso
En la bandeja de la luna.

VIII
EL INFINITO

Canta el grillo. La alta almeda
A las estrellas se levanta,
El silencio es como una seda,
Y el grillo canta, canta, canta...

Rueda la máquina del mundo,
Pavorosa en su inmenso brillo.
Y allá cerca, meditabundo,
Hay un astrónomo profundo
Que le da cuerda con el grillo.

IX
LA MEDIA NOCHE

De toda angustia desacerba
La honda quietud del campo umbrío.
Y se oye llorar el rocío
En las pestañas de la hierba.

LIBÉLULAS

EL ENSUEÑO

Sobre la fuente cristalina
Que piensa el trémulo abedul,
La libélula enjuta y fina
Baila mi ensueño... bailarina
Del sutil tonelete azul.

EXPLICACION

La libélula se explica
Con sencillo menester:
Cuatro pétalos de mica
Que ensarta un lindo alfiler.

Leve crujido de mica...
Brusco zi-zag de alfiler...
La libélula te explica
Que mañana va a llover.

EXTASIS

La libélula enajenada,
Deteniendo su brusco arranque,
Por un rayo de sol clavada
Tiembla inmóvil sobre el estanque.

Amada, el agua transparenta
Un perfecto azul de bondad.
Y yo pienso en mi alma sedienta
Y en tu suave serenidad.

LAS LIBELULAS

Verde, azul, dorada, roja,
En irisado arrebol,
Parece que las deshoja
De su árbol de fuego el sol.

Una, al ardor que la crispa,
Finge menudo venablo,
Y en aquella alada chispa
Cabalga, travieso, el diablo.

Otra explora el lago en calma,
Otra, intrépida lo riza,
Y otra, la azul como tu alma,
Sobre un junco cristaliza.

JUGUETE

En transparente ilusión
La libélula te cuaja
Una pompa de jabón
Que se vuela con su paja.

LA FLECHA

En la libélula que audaz
Le prestó sus alas de tul,
Te dispara mi amor sagaz
Una vívida flecha azul.

ALMA VENTUROSA

Al promediar la tarde de aquel día,
Cuando iba mi habitual adiós a darte,
Fué una vaga congoja de dejarte
Lo que me hizo saber que te quería.

Tu alma, sin comprenderlo, ya sabía...
Con tu rubor me iluminó al hablarte,
Y al separarnos te pusiste aparte
Del grupo, amedrentada todavía.

Fué silencio y temblor nuestra sorpresa;
Mas ya la plenitud de la promesa
Nos infundía un júbilo tan blando,

Que nuestros labios suspiraron quedos...
Y tu alma estremecíase en tus dedos
Como si se estuviera deshojando.

CANCIÓN ROMANTICA

I

Luna, luna, luna,
Mundo y cielo abisma,
Y sin sombra alguna
Se abisma en sí misma.

II

La luna en las frondas
Altísima reina,
Y en las lentas ondas
Del lago se peina.

Con dulce extravío,
La luna beata
Nos abre, amor mío,
Su senda de plata.

Y al compás del remo,
Serena convida,
A la eterna vida
Del amor supremo.

III

Con zozobras de alma,
Tenues y ligeras,
Se siente en la calma
Soñar las praderas.

A tu gracia pura,
Nuestro amor corona,
La inmensa blancura
Que olvida y perdona.

La luna, tu frente
Ya empieza a rendir,
Y más dulcemente
Convida a morir...

LA ESTRELLA Y EL CIPRES

I

Honda y nocturnamente azul la calma,
En el ciprés delgado transfigura
La esbeltez melancólica de un alma.

Tras del árbol palpita en la blancura
De su inocente desnudez, la estrella.
Y en él es más sombría la hermosura,
Cuanto más celestial se aclara en ella.

II

La estrella sube, y de la negra punta
Se desprende, cual llama que no pudo
Al cirio inerte conservarse junta.

El árbol, hasta entonces quieto y mudo,
Tiembla un poco, y parece, lo que gime,
Que hacia ella se alargara más agudo,
En suspiro de amor grave y sublime.

III

Yo soy como el ciprés del canto mío,
Que por lejana estrella suspirando,
Se vuelve más delgado y más sombrío.

Y así, cuando la noche llega, y cuando
A través del ciprés la estrella asoma,
Penetra mi alma un hálito tan blando,
Que te revela en mí como un aroma.

CHICAS DE OTOÑO

Qué cosas tiene el viento... Si en sus rachas,
La indecisa estación se turba un poco,
Es de admirar el desparpajo loco
Con que abraza en la calle a las muchachas.

Qué cosas tiene el temporal... Rimbomba
En sus pobres paraguas de lustrina,
Y por verles las piernas, hecho tromba
Les sale bruscamente de la esquina.

Hay ya un dejo de frío que importuna
Sus tardes de más lánguido embeleso,
Y palidecen con algún exceso
Bajo la velutina de la luna.

El ya mustio jardín donde se aparta
La pareja habitual, en dulces lides,
Pone a sus pies, como una vieja carta,
Sus pensamientos y sus no me olvides.

La estación, así un tanto casquivana,
Coquetea su frágil paradoja
En el calado de la blusa floja
Y el ya invernizo bonetín de pana.

Con plácido desdén pasa el buen mozo;
Lucía en un fonógrafo delira;
Y arrollando en la niebla un lento embozo,
Qué cosas tiene el sol... cómo las mira.

IDILIO MARINO

Tibi Semper.

MAR EN CALMA

Por el horizonte lila
Se ve a lo lejos salir
Una luna tan tranquila
Que hace a los mares dormir.

Senda de oro blanda y ancha,
Parece que en su bondad,
Abre a nuestro amor sin mancha
La Ultima Serenidad.

Y en tu tierno corazón
La dicha a infundir empieza,
Esa ligera tristeza
Que anuncia la perfección.

EL MAR Y LA ESTRELLA

De amor se querella
Lejano cantar.
Una clara estrella
Palpita en el mar.

Y se va abismando
La palpitación
En el ritmo blando
De tu corazón.

BARCAROLA NUPCIAL

Sobre la onda grave
Clara luna riela.
Qué obscura la nave!
Qué blanca la vela!

Con la nave obscura
Se va sin regreso
El presagio avieso
De la desventura.

De la vela blanca,
Sobre el claro mar,
El ensueño arranca
Lánguido azahar.

Bella hasta lo triste
Que encantando mata,
De azahar y plata
La luna te viste.

Y tu frente agobia
Su inmenso esplendor,
Oh la eterna novia
De mi eterno amor.

LA BARCA

La barca está suspensa
Sobre la mansa ola,
Entre la luz inmensa
Y el agua inmensa y sola.

Y venturosa suerte
Nos finge la partida,
Más allá de la vida,
Más allá de la muerte...

LA LUNA

Honda como ninguna,
Nuestra inquietud de amar,
Purifica la luna
Llorada sobre el mar.

SEPTETO DEL OTOÑO

LAS HOJAS PALIDAS

(Violín)

Alamo solitario que te apiadas
De no sé qué recónditas congojas,
Menguando el parpadeo de tus hojas
En un temblor de lágrimas doradas.

Flota una dulce angustia en los efluvios
Del jardín que tardío se sonrosa,
Y la estación, para morir hermosa,
Se envuelve, lenta, en sus cabellos rubios.

Diríase que hilando está la calma
Su copo de oro en tu vibrante rueca;
Y el lento día, como una hoja seca,
Va a caer sin rumor dentro del alma.

EL ARBOL QUE CANTA
(Viola)

Eso es lo que lamentas árbol pío,
Ante el sepulcro fiel o en la ribera
Donde parece que sin fin corriera
Tu rumor paralelo con el río.

Y como a fuerza de quererla tanto,
La esposa en nuestro amor se inmortaliza,
El aura vagabunda que te riza,
Vive de la constancia de tu canto.

LA SOMBRA
(Contrabajo)

Grave profundidad del viento obscuro,
Donde, en sollozo de empapada racha,
La selva entrega a la crueldad del hacha
Su corazón, para sangrar, maduro.

Lluvia de Otoño que obsesora embarga
En abismado gris almas y cielo,
Y aplacando un remoto desconsuelo
Susurra, indefinidamente larga.

Desmayo de agua gris y viento grave,
Con honda suavidad el arco expresa,
Y en la quejumbre de la cuerda gruesa,
Va a llorar algo nuestro que aun no sabe...

ALBA SONORA
(Oboe)

Tiembla en la claridad una infinita
Pureza de agua. El sol se atarda, esquivo,
Y el gorrión, ya sensible al aire vivo,
Llamaba urgente en el balcón: *¡Juanita!*

En la distancia azul, de cuando en cuando,
Ladra un perro con júbilo agresor.
Y cordialmente, el día va dorando
La soledad dichosa del pastor.

LA NIEBLA
(Fagot)

La niebla, a las visiones oportuna,
Sobre vagas praderas en reposo,
Tamiza con su velo numeroso
La inmemorial ceniza de la luna.

Hínchase y anda como tenue vela
Que alejara tristísimos amores,
Y una quietud de cielos ulteriores
Espiritualizándose revela.

Gélido albor los campos alucina,
En cuenca azul la eternidad se invierte,
Y el plenilunio, análogo a la muerte,
Junto al sauzal parece que camina.

LAS ULTIMAS DELICIAS
(Clarinete)

El silencio se sienta a nuestro lado
Como un hombre profundamente bueno.
Perfuma, santa, la humildad del heno,
Y en la serenidad se azula el prado.

Trémula de emoción y de infinito,
El alma aspira la aromal substancia;
Y flota en aquella última fragancia
La poesía final de lo marchito.

EL AMOR ETERNO
(Violoncelo)

Deja caer las hojas y los días
Una vez más, segura de mi huerto.
Aun hay rosas en él, y ellas, por cierto,
Mejor perfuman cuando son tardías.

Al deshojarse en tus melancolías,
Cuando parezca más desnudo y yerto,
Ha de guardarte bajo su oro muerto
Violetas más nobles y sombrías.

No temas al Otoño, si ha venido.
Aunque caiga la flor, queda la rama.
La rama queda para hacer el nido.

Y como ahora al florecer se inflama,
Leño seco, a tus plantas encendido,
Ardientes rosas te echará en la llama.

EL ORO DEL OTOÑO

I

Dorada placidez de aromas llena.
Cálida miel del colmenar sonoro.
Hojas que cubren la asoleada arena
Con rumorosa muchedumbre de oro.

La arena, con el sol, está dorada.
La nube, en áurea luz, desfloca su ampo.
Y en una palidez como encantada,
Bajo la honda quietud se dora el campo.

Una amorosa madurez lo enerva;
Y con fatiga de pincel mediocre,
Las tenues espiguillas de la hierba,
Rubias de luz, sensibilizan su ocre.

Y aseda ya bajo la lenta fuga
De aquel oro más fiel, si menos rico,
El desmayo final con que se arruga
La mimosa vejez del abanico.

Gotea oro una fuente sin murmullo...
Y al rayo diagonal del sol escuálido,
Sobredora el jilguero su capullo
Allá en el sauce cada vez más pálido.

La última pizca de oro de su trino
Resigna angustias de inminente lloro.
Y el árbol cede ante el dolor divino
De irse muriendo derramado en oro.

II

Por el sendero de oro del Ocaso,
Que lleva al fondo de ulteriores calmas,
Múllese, más acorde, nuestro paso,
Y confíanse, tristes, nuestras almas.

Tristes, como la noche, de hermosura
Que en la lágrima de oro de la estrella
Llora la plenitud de su ventura
Que tiene que morir de ser tan bella.

La noche va llegando por la orilla
Del lago muerto, con su andar más tardo,
Y algún reflejo en su negror aun brilla
Con el oro siniestro del leopardo.

Noche de amor en que se ahonda el beso
Hasta morir, y en excesivas rosas
Se extenúan jardines bajo el peso
Del oro de las lágrimas dichosas.

Tras lóbrego palmar, la lenta luna,
La lenta luna de oro nos convida
Al bien supremo del olvido en una
Pálida soledad de la otra vida.

Sueña la brisa con susurro blando.
La grave sombra cuelga de las palmas.
Y la luna clemente va acendrando
El oro del silencio en nuestras almas.

III

Luna fiel del amor, noble azucena
Que con pétalos de oro el paso alfombra
A la barca infeliz del alma en pena
Que algo nuestro conduce hacia la sombra.

Luna que al dilatar su aciago brillo,
En el aire falaz esboza y trunca
La dorada quimera del castillo
Que alza el amor sin habitarlo nunca.

Luna que profundiza en tus ojeras
La delicia fatal que las agrava,
Y en el áureo torzal de tus pulseras
Se rinde a nuestro amor como una esclava.

En lánguidos cabellos su oro llueve
Bajo el gran duelo del follaje roto,
Y dominando va su calma leve
La elevación de un cántico remoto.

Alegro angelical, sublime andante
De la música de oro que evidencio
En las teclas del agua tremulante
Y en las cuerdas profundas del silencio.

Y con aquellas notas pensativas
De un canto que, por íntimo, te nombra,
Cae como llorado en gotas vivas
El oro de Beethoven en la sombra.

Otoño de 1918.

LAS TARDES PALIDAS

I

Pálidas tardes de Otoño
A cuyo encanto ya incierto
Deshace su lento moño
La última rosa del huerto.

Sobre la frente que carga
El postrero afán del día,
Su mano piadosa y larga
Pone la melancolía.

Dulce mal que en la quimera
Placer y albedrío trunca,
Tan dulce que uno quisiera
Que no se acabara nunca.

Como toma el lago en calma
La profundidad del cielo,
De hondo azul nos llena el alma
Una quietud de consuelo.

Mas, también, en cada gota
De aquella agua especular,
Hay la tristeza remota
De lo que debe llorar.

II

Sonríe una blanca estrella
Desde el fondo palpitante
A la gracia semejante
Del lirio y de la doncella.

La estación peina en el heno
Bucles de rubia pastora,
Y en púber manzana dora
La turgencia de su seno.

Rocío de noche quieta
Profundiza la ventura
Con su sombría frescura
Pensada de violeta.

Sobre el Poniente incoloro,
En lánguida nubecilla,
Flota la última gavilla
De los altos campos de oro.

Y preñado de pasión,
Y estrechando más su arrimo,
Se hincha en profundo racimo
De llanto, tu corazón.

III

Aclara la fronda espesa
Deshojamiento tan blando,
Que si a la tarde no besa,
Será que la está llorando.

Sobre el cielo cristalino,
Rompiendo ilusorias tramas,
Llueve el oro mortecino
Por entre las negras ramas.

Así se nos va la vida,
Y así el año en su clemencia,
Alfombra de hoja caída
El sendero de la ausencia.

Cual curruca temerosa
Que palpitando se arrasa,
En la mano de la esposa
Tiembla la dicha que pasa.

Hojas tristes que en siniestro
Destino abrevian su sér.
Tristes hojas que algo nuestro
Van arrastrando al caer...

YA...

Ya lenta desgarra
La sazón del año,
Púrpura en la parra
Y oro en el castaño.

Cada humo echa un moño
De blando crespón...
Ya el gorrión de Otoño
Pía en el balcón.

Ya cae en el alma,
Y olvido se trueca,
La mórbida calma
Como una hoja seca.

Ya en la dulce hora
De encanto y de fe,
Algo nuestro llora
Sin saber por qué.

Ya en el día breve
Se aclara lo eterno,
Ya en la niebla leve
Se azula el invierno.

Cual tardía estrella,
La vida se va,
Y atónita ante ella
Dice el alma: — Ya?...

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Pág.

EL DORADOR 9

ROMANZAS DEL BUEN INVIERNO

I La alameda 17
II Los árboles de oro 18
III El caminito 18
IV El bosque encantado 19
V El silencio 19
VI La violeta 20
VII Armonía rústica 20
VIII Plenilunio helado 21
IX Los perros lunáticos 22
X La chimenea 23
XI La camelia 23
XII La llama azul 24
XIII La ofrenda de los perfumes 24
XIV La última rosa 25
XV El árbol seco 25
XVI La cocina 26
XVII La borrasca 27
XVIII La lluvia obscura 27
XIX La dicha 28
XX La fidelidad 29

Pág.

MUSICA DE CAMARA

I 33
II 34
III 35
IV 36
V 37
VI 39
VII 40
ESTAMPAS JAPONESAS 41

LOS ARBOLES DE HUMO

I 45
II 46
III 47
IV 48
V 49
VI 49
BALADA DEL FINO AMOR 51

LOAS DE LA PRIMAVERA

I El viejo sauce 57
II Margaritas 58
III Los durazneros 59
IV Las anémonas 60
V La fragancia 61
VI El canto 61
VII La bella mañana 62
VIII Himno a las rosas 63

Pág.

IX Junto al lago 64
X La cereza 65
XI Las glicinas 65
XII Plenitud dichosa 66
XIII El chaparrón 66
XIV Serenidad 67
XV El alborozo 68
XVI El picaflor 68
XVII El aromo 70
XVIII La tarde y la estrella 70
XIX Contigo 71
XX Lunita blanca 72
CLARIDAD TRIUNFANTE 73

ELOGIO DE LAS ROSAS

La Primavera 77
La multiflora 77
La mariposa 78
La franca rosa 78
La mosqueta 78
El brindis 79
La bacante 79
El pimpollo 79
La rosa de la aurora 80
El sol 80
La copa y la rosa 81
La escuela 81
Rosa 82
El destino 83

Pág.

La rosa y el colibrí 83
La rosa del ensueño 83
El alma de la rosa 84
El confitero 84
El hechizo 85
Rosa de octubre 85
"L'Embarquement pour Cythere" 86
Las rosas de la tarde 87
Rosa nocturna 87
La blanca rosa 87
Rosa mística 88
Rosa pálida 88
Rosa marchita 88
Rosa de otoño 89
Espinas 90
Ultimas rosas 90
MENSAJE A RUBEN DARIO 91

MARIPOSAS

El soplo 95
La gracia 96
La lección 96
El vuelo 96
La hermosura 97
Mariposa negra 97

LA DICHA LABORIOSA

Canto de la mañana 101
Canto del día 102
Canto de la tarde 103

Pág.

AGUINALDO 105
EL ENCANTO AZUL 107

PAVOS REALES

La pompa 113
La rueda 114
El orgullo 114
La aurora 115
La tarde 115
La noche 116
LA CALMA DORADA 117

LAS DICHAS PERFECTAS

I El sosiego 121
II La calma florida 122
III La urraca 123
IV El lavador de oro 124
V La copa de agua 124
VI La paz del crepúsculo 125
VII La cena del poeta 125
VIII El infinito 126
IX La media noche 126

LIBELULAS

El ensueño 129
Explicación 129
Las libélulas 130
Juguete 131
La flecha 131

Pág.

ALMA VENTUROSA 133
CANCION ROMANTICA 135
LA ESTRELLA Y EL CIPRES 137
CHICAS DE OTOÑO 139

IDILIO MARINO

Mar en calma 143
El mar y la estrella 144
Barcarola nupcial 144
La barca 145
La luna 145

SEPTETO DEL OTOÑO

Las hojas palidas (Violín) 149
El árbol que canta (Viola) 150
La sombra (Contrabajo) 150
Alba sonora (Oboe) 151
La niebla (Fagot) 151
Las últimas delicias (Clarinete) 152
El amor eterno (Violoncelo) 152

EL ORO DEL OTOÑO

I 155
II 156
III 157

LAS TARDES PALIDAS

I 161
II 162
III 163
YA 165

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

JACINTO FERNÁNDEZ
SÁENZ PEÑA 491
BUENOS AIRES